

Círculos lagrimales

María José LG



Image not found.

Capítulo 1

Lágrimas que caen por las calientes mejillas. El estómago que cruje, por no haber comido en todo el día a causa de la ansiedad. El botoncito de inicio del celular que aprieta a cada rato para ver si llegó algún mensaje, aunque si hubiese llegado alguno, sonaría, porque Lana se encargó de ponerlo con el más alto volumen, pero quizás no sonó por error, quién sabe, alguna vez pasó, así que se fija. No, no era un error, no llegó nada. Empiezan a brotar nuevamente las lágrimas que la enneguecen y le hacen ver la vida de manera confusa y borrosa, se le arma otro nudo en la panza chata. Piensa, imagina. Imagina mucho. Suspira y comienza nuevamente el proceso.

Así eran las noches de Lana, que como muchos solitarios, esperaba que las lunas pasasen rápidamente. Pero no siempre había sido así, hubo un tiempo en el que la muchacha usaba las noches para dormir o las disfrutaba en algún bar de mala muerte con amigos. Sin embargo, hace cientos de noches que esto no pasaba, es más, Lana ni siquiera recordaba que alguna vez había disfrutado de las noches en solitaria, y es que Lana ya ni siquiera se acordaba quién era o quién había sido, porque hace tiempo había dejado de acudir a lugares que la hacían ser, ya sea la plazita de la esquina, la tienda de ropa usada, la biblioteca, o las hamacas de la plaza del centro. Lana cambió esas cosas por alguien en quién creyó hallar todo esto y más, por un hombre mayor, no mayor en edad, mayor en vivencias, lo cual era malo para una chica como ella. Era malo porque mientras Fernando había estado en prostíbulos desde los catorce años, Lana apenas había empezado a ir a los bares a los veinte, o mientras Fernando tomaba cocaína, Lana pedía un mate cocido con su amiga Tamara en la confitería del Chueco.

Fernando se encargó asiduamente de endulzar a Lana con cuentos, con victimización, con un amor demencial que parecía que iba a durar para siempre, como en las películas de Disney. Aunque Lana nunca coincidió con el catastrófico estilo de vida de Fernando, lo aceptó, pero bajo esa aceptación había lástima y esperanza de cambio.

Como a todos alguna vez nos pasó, Lana sentía que tenía una misión: dar amor, y es que, con amor todo se podía resolver, amansar, arreglar, incluso ese alma llena de grietas. La joven lo logró y se sintió un ser completo, sentía que el cambio por amor era posible. Fernando empezó a estudiar, ya no se drogaba, ya no estaba perdido en el universo, había encontrado el camino, y todo gracias al amor de Lana, ¿Qué mejor cosa que el otro mejore a causa de uno? Lo que Lana no sabía era que Fernando era de géminis con ascendencia de cáncer. Lágrimas que caen por las calientes mejillas. El estomago que cruje, por no haber comido en todo el día a causa de la ansiedad. El botoncito de inicio del celular que

aprieta a cada rato para ver si llegó algún mensaje, aunque si hubiese llegado alguno, sonaría, porque Lana se encargó de ponerlo con el más alto volumen, pero quizás no sonó por error, quién sabe, alguna vez pasó, así que se fija. No, no era un error, no llegó nada. Empiezan a brotar nuevamente las lágrimas que la ennegrecen y le hacen ver la vida de manera confusa y borrosa, se le arma otro nudo en la panza chata. Piensa, imagina. Imagina mucho. Suspira y comienza nuevamente el proceso.

Así eran las noches de Lana, que como muchos solitarios, esperaba que las lunas pasaran rápidamente. Pero no siempre había sido así, hubo un tiempo en el que la muchacha usaba las noches para dormir o las disfrutaba en algún bar de mala muerte con amigos. Sin embargo, hace cientos de noches que esto no pasaba, es más, Lana ni siquiera recordaba que alguna vez había disfrutado de las noches en solitaria, y es que Lana ya ni siquiera se acordaba quién era o quién había sido, porque hace tiempo había dejado de acudir a lugares que la hacían ser, ya sea la plazita de la esquina, la tienda de ropa usada, la biblioteca, o las hamacas de la plaza del centro. Lana cambió esas cosas por alguien en quien creyó hallar todo esto y más, por un hombre mayor, no mayor en edad, mayor en vivencias, lo cual era malo para una chica como ella. Era malo porque mientras Fernando había estado en prostíbulos desde los catorce años, Lana apenas había empezado a ir a los bares a los veinte, o mientras Fernando tomaba cocaína, Lana pedía un mate cocido con su amiga Tamara en la confitería del Chueco.

Fernando se encargó asiduamente de endulzar a Lana con cuentos, con victimización, con un amor demencial que parecía que iba a durar para siempre, como en las películas de Disney. Aunque Lana nunca coincidió con el catastrófico estilo de vida de Fernando, lo aceptó, pero bajo esa aceptación había lástima y esperanza de cambio.

Como a todos alguna vez nos pasó, Lana sentía que tenía una misión: dar amor, y es que, con amor todo se podía resolver, amansar, arreglar, incluso ese alma llena de grietas. La joven lo logró y se sintió un ser completo, sentía que el cambio por amor era posible. Fernando empezó a estudiar, ya no se drogaba, ya no estaba perdido en el universo, había encontrado el camino, y todo gracias al amor de Lana, ¿Qué mejor cosa que el otro mejore a causa de uno? Lo que Lana no sabía era que Fernando era de géminis con ascendencia de cáncer.